

ALONSO ZAMORA VICENTE A TRAVÉS DE SUS NARRACIONES Y CUENTOS

Fernando VILCHES VIVANCOS
Universidad Rey Juan Carlos

«UN BUEN PENSAMIENTO»

«No todos los Lamentos son vanos festín del viento». Con esas palabras, llenas de encanto poético, de llamada al sentimiento y entrega a la esperanza, termina el profesor Alonso Zamora la presentación e introducción, que denomina: «Buscar un título a un libro».

(Cuentos con gusano dentro).

«DEDICATORIA»

A mis padres adoptivos Ana Inclán y Paco Martínez que me han ayudado a fomentar la imaginación y a ser persona

«DELANTALILLO»

«La velada que narro a continuación es fruto de la fantasía. Los personajes existen en la realidad, son amigos míos. Ellos no lo saben. Yo les he traído a esta fingida tertulia para que me ayuden a contar algo, de lo mucho que puede decirse de mi admirado profesor a quien dedico estas líneas».

Alonso Zamora Vicente

Habíamos quedado a las nueve de la mañana para salir camino de El Escorial. El viejo «cuatro latas», que todavía funcionaba, llegó a recogerme. Venían Ana y Paco, en el trayecto subió Carmen María. Enfocamos la carretera de La Coruña y después, dejada la cuesta de Las Perdices, tomamos la desviación a El Escorial. Era un día del otoño, cuando el cielo de Madrid se viste de azul intenso y se perfilan, según te vas acercando, las siluetas de San Gregorio, las Machotas, Abantos, amén del resto de la Sierra de Guadarrama. Me vino a la memoria la descripción que el Profesor Zamora Vicente hace cuando nos invita a contemplar desde el Viaducto el paisaje serrano: «También si miráis al otro lado, veréis: Casa de Campo adelante y la Florida... montañas, lejos: Montón de Trigo, La Maliciosa, Peñalara, Siete Picos,

Abantos. Allí está El Escorial, decía mi padre señalando. Yo nunca veía El Escorial, sino casas, lomas, alguna nube y horizontes, perennes luego, que no se parecían al Escorial, el edificio de muchas torres y pizarra oscura que yo encontraba en los libros, o en un manguillero de hueso con un agujerito de cristal que alguien me había traído de allá, no logro recordar cómo ni cuándo».

Pasado Galapagar, cruzando el largo puente del pantano de Valmayor, recorrimos a la velocidad que permitía el terreno y podía nuestro vetusto trasto el antiguo camino, convertido por obra y gracia del asfalto en carretera, que lleva al Monasterio desde tiempos remotos. Las encinas, las maravillosas y tristes encinas, cantadas por Unamuno, las jaras, los matorrales, los chopos, robles y álamos que pueblan las dehesas donde desde siglos pastan reses, muchas de ellas bravas, cerraban nuestro camino. Los árboles a uno y otro lado, los múltiples cambios de rasante, producían la sensación de transitar por una vía angosta, por un túnel por cuyo techo de ramas se dejaba ver el claroscuro del sol y sombra. Nos acercábamos al Monasterio, veíamos desde lejos su estampa, sus contornos dibujados sobre el fondo verde de los pinos que suben y suben por las laderas de Abantos y se extienden hasta la Cruz Verde para perderse en las cimas que se incrustan en el cielo.

Bordeamos la Lonja. Atravesamos por el arco de Santa María el tránsito que cierra el recinto y comunica las Casas de Infantes y de la Compañía con el Monasterio. Giramos a la derecha dejando a un lado el Colegio universitario María Cristina y comenzamos a escalar la empinada cuesta que conduce al Felipe II, sede del Euroforum y de la Universidad de verano de la Complutense, lindante con la Horizontal.

El Profesor Sánchez Lobato había preparado este encuentro con Don Alonso Zamora Vicente. Me dijo: tienes que ayudarme, Fernando. Se trata de una reunión informal, de alumnos, profesores jóvenes, admiradores, lectores y conocedores de la obra del Profesor. Conviene resaltar que es una reunión extravagante, distinta, donde sobre todo debe primar la imaginación, la inventiva.

Lo planeamos con tiempo. Hablamos con los posibles asistentes. Tenían que ser «oidores» y «contadores» de historias, lo mismo daba que fueran verídicas o imaginarias, que gustaran del buen lenguaje y de la narrativa del Profesor. Se enviarían a todos con tiempo suficiente unos ejemplares de las *Narraciones y Cuentos con gusano dentro*.

El propósito, que agradó mucho a Don Alonso cuando se lo dijimos, era charlar, charlar y charlar. Contar cosas y para eso tendríamos una especie de guión: las obras antes referidas y una breve recopilación de su vida y obra redactada por Sánchez Lobato, que podían servir para nuestra conversación.

El buen tiempo, el sol tibio y el suave vientecillo serrano nos llevaron a la amplia y espaciosa terraza. Nos saludamos, ya habían llegado Eduardo y Kety, María y Juan Manuel que habían venido con Rosa y Julián.

Ha entrado Don Alonso, sonriente, arrastrando los pies, como pidiendo permiso, con la mirada fija en la lejanía en la que se dibuja el Monasterio con toda su grandiosidad y belleza.

«Érase que se era», comenzó Don Alonso, un día magnífico del otoño madrileño. Un grupo de gente, con ilusión por la vida y con ganas de contar y oír historias verdaderas o falsas, da igual, se encuentran reunidos en uno de los sitios donde, según Arias Montano, residen fuerzas misteriosas de efectos telúricos y benéficos para la salud espiritual y corporal; y continuó:

Nací en Madrid: en ese Madrid que comenzaba a despuntar y crecer, año 1916 en plena guerra mundial. Pertenezco a la generación de los niños madrileños que se criaban en la calle: las tardes se sucedían bajando y subiendo las Vistillas. La riqueza léxica que yo puedo emplear

obedece a que yo he aprendido el español en la calle, y la calle es la gran maestra de cualquier español.

Una mañana como ésta, hace años, un domingo me dirigí con mi Padre a la Plaza de Oriente y caminando por la calle Bailén, hicimos «un alto, en el centro del Viaducto». Por supuesto que ahora tendréis que acercaros a los cristales protectores puestos para impedir que se tiren los suicidas, «que sólo se tiran de noche, cuando no pasa nadie».

Bueno pues pegaos al cristal y comprobaréis cómo «Desde la barandilla del Viaducto aprendí nombres de Iglesias altas, de calles retorcidas, de rinconcillos que después he querido mucho. Las Bernardas encaramadas sobre el Palacio de los Consejos, alta de hombros la torre, siempre haciendo fuerza hacia atrás para no caerse al barranco de la Calle Segovia; las agujas de San Miguel, del Ayuntamiento, de Santa Cruz... de San Pedro cara de búho en ladrillo, y San Andrés espigadita y alta, oronda de haber subido su costanilla empinada».

Paco, haciendo un gesto con la mano, antes el Profesor nos había dicho que podíamos interrumpir el relato y continuarlo, dijo: «Érase que se era» un niño que nació, también, en esa parte del viejo Madrid, más concretamente en la calle Segovia, número 24, al lado del Viaducto, del antiguo y viejo Viaducto. Pertenece, por así decirlo, a la parte cristiana. Dos colinas separan la calle de Segovia que era frontera de dos barrios diferentes. A un lado se encontraba el Alcázar, después Palacio. Las casas ubicadas a la derecha, números pares, correspondían a la Parroquia de la Almudena. Los impares a la mora, a la Parroquia de San Andrés. En aquellos tiempos, recién terminada nuestra guerra, los muchachos estábamos llenos de imaginación belicosa, había dos solares, uno enfrente del otro: el de la zona cristiana que se extendía hasta el Pretil de los Concejos, utilizado como campo de fútbol, y el de la Morería que lindaba con la plaza del Alamillo. Allí cruzábamos nuestras pedreas y más de una vez salimos escalabrados.

Alguna vez nos atrevimos a cruzar a la otra parte y esto era generalmente cuando nevaba y también, como el Profesor, subíamos y bajábamos las cuestas de las Vistillas en los trineos de lata, madera o cartón que nos fabricábamos.

«Érase que se era», interrumpió el Profesor Sánchez Lobato, un niño apellidado Zamora, que no se contentó con nacer en Madrid sino que su familia, por parte paterna, era originaria de la ribera del Júcar; por eso dice: «Yo he hecho en el campo, lo que todos los chicos. He pasado largas temporadas en la ribera del Júcar, en unas tierras de la familia, de lo que realmente me siento orgulloso, porque lo auténtico es lo rural». La familia respondía sociológicamente al estrato de la pequeña burguesía de principios de siglo: «Yo soy un criollo madrileño; pero toda mi familia anterior era inmigrada a Madrid, procedía del campo de las provincias. Madrid era el rompeolas de las cuarenta y nueve provincias españolas, decía Machado. Yo tenía entonces en mi misma casa al menos tres lenguas distintas que no sabía muy bien donde tenía que colocar cada una. Había una lengua de funcionarios, de personas educadas y con representación en la vida de la Corte incluso era la lengua de mis padres, de mis hermanos mayores, la lengua, digamos oficial, de mi familia, una lengua que hablaban las personas que venían a visitarnos. Luego tenía una lengua campesina de la familia que venía a vernos y donde pasábamos los veranos. Y luego tenía la lengua de la calle madrileña porque entonces jugábamos en la calle, estábamos siempre en la calle».

Ana estaba impaciente por hablar, «Érase que se era», una niña que también nació en Madrid, en la célebre Carrera de San Jerónimo, su abuelo materno era militar, estuvo destinado y mandó el Regimiento de Húsares de Pavía, figuraos lo guapo que estaría, era muy monárquico y adicto a S. M. Alfonso XIII que le nombró gentilhombre de su casa con ejercicio y servidumbre, por lo que tenía derecho a llevar una llave de oro colgada del uniforme. Esa niña muchas noches, sobre todo las de luna llena, tiraba una zapatilla al aire y se metía corriendo en la cama

donde se tapaba totalmente para tener buenos sueños y soñaba que se le aparecía un Príncipe que le pedía que le siguiese. La llevaba hasta la Plaza de la Armería, pisando una alfombra de flores la atravesaba y llegaba hasta la escalinata del Palacio Real donde la esperaba, rodeado de húsares y alabarderos. Al despertar esa niña, como cuenta nuestro Maestro en *Plaza de oriente* se hubiera querido encaramar a los barros de la verja (de la Plaza de la Armería) y contemplar el solemne relevo de la guardia del Palacio Real. «Desde allí, nos dice, oprimida la cara entre los hierros veía aquellas extrañas ceremonias, ir y venir de caballos, sables en alto, cañones que cambian de lugar, en tanto que dos bandas tocaban alternativamente pasodobles. Algunos días mi padre me decía: “Mira el Rey en aquel balcón”. Y yo no veía nunca a nadie, y si veía a alguien por la enorme fachada no se parecía a las fotos de los periódicos. Después volvíamos poquito a poquito, aprendiendo uniformes, húsares de Pavía y de la Princesa, lanceros de Alcalá, Escolta Real, y mi padre me agarraba fuerte de la mano, o me tomaba en brazos para verlos pasar».

Don Alonso quiso añadir algo para él importante y siguiendo el rito por él mismo impues-to dijo: «Érase *que se era*» que esos niños y niñas crecían y al mismo tiempo que su cuerpo aumentaba y su espíritu se iba llenando de cosas y de vida, aparecía también el monstruo del dolor. Yo en «Primeras hojas» incluí un relato que denominé *Primera muerte*. Me refiero a mi madre y prefiero leerlo: «Murió muy pronto. No murió en casa, sino en un hospital de Carabanchel. Fuimos todos los hermanos el día que la habían operado, sin saber todavía que había muerto. Me pusieron los zapatos nuevos, que me apretaban mucho. Los demás también iban endomingados, sobre todo Elisa que estrenaba un sombrero malva, de ala muy ancha cuajada de cerezas y flores. El tranvía bajaba despacito la pendiente de la calle Toledo, pasaba por debajo del arco grande de la Puerta y luego runroneaba monótono toda la cuesta hasta el río... Cruzando el río ¿Por qué pasa tan deprisa el puente? no se ve nada es que hay sólo una vía, no preguntes tanto, otra vez la lentitud de la cuesta arriba». La muerte de mi madre trastornó mi familia, recuerdo después de muchos años aquel día, sigo leyendo: «Y ya en casa, el niño no, que se lleven al niño, ropas para el tinte y el niño no, solamente mañana no. Todo anda revuelto, todos hablamos solos sin saber por qué, viene mucha gente, por qué me querrán llevar todos a sus casas aunque esté descalzo, y no me atrevo a preguntar por ella, adivino que hoy no se merienda, quizá no se va a merendar nunca más, quién sabe si tampoco otras cosas nunca más».

Me parece, comentó Kety, que cuando, con la imaginación, vuelvo a la infancia me encuentro con mi abuela, que llevaba una cinta alrededor del cuello para que no le cayera la papada, que siempre comenzaba sus historias con «Érase *que se era*» (y seguía) una Reina, que murió muy joven se llamaba María de las Mercedes de la cual el también joven Rey estaba muy enamorado y como era muy romántico; no podía estar solo, y además tenía que dejar herederos, se tuvo que casar con una señora austríaca que, lo mismo que mi abuela, cuando fue mayor se puso una cinta y perlas para que le mantuvieran el cuello erguido. Pues esa Señora, que se convirtió en la Reina madre cuando su hijo subió al trono y que se llamaba María Cristina, tuvo intención de ir a visitar el Colegio, se llamaba EspañolFrancés, ubicado en la celebre calle de Toledo, donde estudió las primeras letras nuestro Profesor, y dice en *La Reina viene al colegio*. «La visita se anunciaba mucho antes. Llegaba un sobre grandote, con inscripciones doradas, la corona real encima. Su Majestad la Reina Madre se dignaba venir a visitar el Colegio, como prueba de alta estima y testimonio de consideración por sus esfuerzos en pro de la cultura nacional. Y, ya con la noticia en casa, no se paraba. Brotaba la alegría en un tumulto de conversaciones y avisos: La reina va a venir al Colegio».

Me recuerda esta descripción, continuó Kety, lo que me sucedió a mí de niña. Un día hubo un aviso importante. La Madre Superiora nos reunió en la Capilla para comunicarnos que la próxima semana vendría a visitar el Colegio el Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, el Papa, en España. Ni que decir tiene la importancia de tan feliz acontecimiento. Cuenta D. Alonso que todo se alteraba ante la noticia, la familia se lo contaba a los parientes y amigos y la Dirección: «ordenaba pintar los pupitres, fregotear hasta la locura los suelos, se quitaba el polvo a todo, un ejército de mujeres desinfectaba con zotal los más escondidos rincones».

También en mi Colegio se exageró la limpieza, la Madre Maestra General nos revisó los pupitres y el velo blanco que utilizábamos en las grandes solemnidades. Estrené medias y zapatos. Me almidonaron el cuello, mi uniforme parecía recién comprado. Mi tata Encarnación decía ¡Qué guapa va mi niña, parece una princesa!

Sigue contando Don Alonso: «Llegó el día señalado para el acontecimiento. Madrugón tremendo...reparo inacabable a las cosas cotidianas la mochila de los libros, la ropa de estreno... ¿Te has lavado las orejas? ¿Llevas pañuelo limpio? A ver enseñame las uñas... Recomendaciones, consejos... Ya dentro del Colegio, una hora antes de la señalada, nos han puesto muy ordenaditos. Ensayamos levantarnos todos a la vez cuando el profesor dé un golpecito en su mesa con el cuadradillo. ¡Como un solo hombre y sin ruido! No quiero ruidos... Al levantarnos una chica de los cursos mayores se acercará a la Reina y le dará en ramo de flores y, cuando la Señora sonría dando las gracias, el recitador comenzará a desembaular su poema:

¡Salve, oh, magnánima flor
de los Imperios Centrales,
luz de cívica bondad,
a ti, salve...!

Kety no pudo contener la risa, nos la contagió a todos, especialmente al Profesor; pero quiso continuar: a nosotras nos hicieron lo mismo. Entramos una hora antes en el *Cole*. A la puerta estaban las Madres. Cada vigilante encargada de curso revisaba a sus alumnas el pelo, las uñas, el velo, los zapatos y las medias debidamente colocadas. Nos tuvieron de pie para que no nos arrugáramos. Repasamos una y otra vez la reverencia que deberíamos hacer al Sr. Nuncio de Su Santidad el Papa todas al mismo tiempo, cuando lo indicara la Madre Maestra General. Fuimos a la Capilla para ensayar, también una vez más, el himno Vaticano.

Dice Don Alonso: «Sonó el reloj: faltaba un cuarto de hora. Comienzan a llegar los peces gordos. El Señor Director General de no sé qué, el Inspector Central de lo de más allá, y el Secretario General Permanente de... Pasa la hora. Los señores miran por los balcones... Por fin llega un mensajero de Palacio en una moto estruendosa, y entrega una carta donde la Reina se excusa, atribulada por no poder cumplir su deseo de visitarnos, está enferma, quizá con gripe, quizá con algo peor, pero su médico no la deja salir y ella aprovecha la carta para felicitar al Colegio, a sus profesores y alumnos por la esmerada organización y la entrega fervorosa al trabajo y patatán y patatán. El desencanto llenó las aulas hasta reventar...».

En mi Colegio, y seguramente en todos los vuestros, pasó igual. Monseñor Pellegrini, Nuncio de Su Santidad el Papa, tampoco apareció. Un secretario excusó su presencia por tener que resolver asuntos muy importantes surgidos de improviso. Enviaba eso sí, la Bendición de Su Santidad que recibida en gracia de Dios perdonaba, para siempre, los pecados veniales. Todo eso nos contó la Madre Superiora en la Capilla. Don Fulgencio nuestro buen Capellán impartiría la Bendición Papal y cantaríamos los Himnos del Colegio y del Vaticano, terminado el acto con la Salve Regina.

Quién de vosotros no conoce la calle de Toledo. Habréis estado en ella mil veces, aunque no sea más que de paso al Rastro. Bueno pues allí se encuentra el célebre Instituto de San Isidro. Después de esta leve introducción, Juan Manuel repitió nuestra clave, rito imprescindible para contar algo, «*Érase que se era*» uno de los muchos muchachos de la clase media de Madrid, que vivían en el barrio viejo y ¿por qué no? castizo. En los Institutos se hacía el examen de ingreso para poder estudiar el Bachillerato. Allí lo habían hecho los Infantes de España. Entonces se llevaban mucho los ejercicios orales. Tres Catedráticos te daban un repaso por las Matemáticas, la Geografía, la Historia tanto de España como de la Sagrada. Profesor, Vd. en su narración *Examen de ingreso. Madrid años veinte* recuerda con sobriedad la vida del niño en sus años de colegial; pero creo que para nosotros es más significativo lo que viene a decir de la Universidad, aquella Universidad de su tiempo. «Tuve la suerte de asistir a la mejor Facultad de Letras que haya existido nunca en España... Donde explicaba literatura (literatura contemporánea) un extraordinario poeta y traductor de Proust. Una facultad en la que ya existía una Sección de Lengua y Literatura inglesas (no todo se ha inventado después), donde James Joyce tenía un sitio. Yo estoy seguro de que Camilo [José Cela] recuerda con qué curiosidad, con qué temblor cayó en nuestras manos por aquellos días *El artista adolescente*, traducido por Dámaso Alonso... Allí estuve del 32 al 36, después al acabar la guerra en el año 40, me licencié. En la Facultad coincidía con María Josefa en las clases de Tomás Navarro. Yo trabajaba en el Centro de Estudios Históricos con Ramón Menéndez Pidal. Tomás Navarro, Américo Castro y ella en *Índice Literario* con Salinas. ¡Qué profesores aquellos! Don Américo era la imagen del entusiasmo, del afán de acercamiento a la juventud, Don Américo era un verdadero maestro; de los hombres de entonces guardo un recuerdo imborrable, para mí siguen siendo un ejemplo permanente».

«*Érase que se era*», me atreví a decir, un tren. Sí, no os extrañe, un tren que era diferente de los demás, que no quería parar nunca. Cuando se cruzaba con una locomotora amiga allá arriba donde se pierde Europa y le preguntaba ¿a dónde vas, que no paras?, le contestaba: voy a un país, bello, lleno de maravillosos paisajes, en el que existió un personaje que por su enamorada corría los campos, luchaba contra gigantes, conquistaba ínsulas. Ahora allí vive otro que también se llama como él, Alonso, también se le puede apellidar el Bueno y es un enamorado de España cuyas tierras, según él, ha recorrido muchas veces. Llega a decir «Yo lo único que conozco es mi país y ya se me está olvidando». Pero es que Alonso el Bueno, aquel niño, ha crecido. Ha tenido también el mismo vicio que le ha podido costar un desvarío: los libros, de ahí que se haya interesado, como dice el Profesor Sánchez Lobato, por todo lo que rezuma cultura, cultura popular y arte. Conoce a la perfección la pintura española, ha recorrido una y mil veces la geografía española no sólo en busca de la palabra exacta, sino de los atrios, ábsides, capillas y retablos que constituyen nuestro portentoso legado a la humanidad en sus diferentes etapas artísticas. Cela, gran amigo, llegó a decir: «Alonso es una viva llama de vocación, para mí tengo que en su vida no dio un solo paso que lo apartase de la senda culta, yo pienso que no hubiera podido hacerlo, aunque hubiera querido».

Sí, es verdad, la cultura puede llenar una vida pero es necesario comer, por eso «*Érase que se era*» un opositor. Uno de los muchos muchísimos opositores que han pululado por la geografía de España. Yo, nos dijo Paco, también he pertenecido al gremio. Recuerdo con horror aquellas tremendas panzadas de estudio, de memorizar temas. Soñaba con ellos. Eran mi compañía constante. Encerramiento absoluto, horas y horas preparando el examen. Para ser Catedrático es preciso opositar. El nuestro, el Doctor Zamora Vicente, ya antes de doctorarse se presentó a las oposiciones a Cátedra de Instituto Nacional de Bachillerato de Mérida y las aprobó. Llega a decir «a mí no me regalaron nada, sino todo lo contrario». Después se trasladó

a Santiago para ocupar la Cátedra de Lengua y Literatura y nos describe *En compostela años atrás*: «llegué a Santiago (otoño de 1942) en el expreso de Madrid, tren que a pesar de su envanecido nombre, solía tardar lo suyo. Hubo ocasiones en que saliendo de Madrid un viernes, a las tres de la tarde, se terminaba en Santiago en la medianoche del sábado al domingo, con lo que el viajero estrenaba un paréntesis de descanso». Allí también obtuvo por oposición la Cátedra a la Universidad. Con gracejo escribe un cuento breve que titula *Las oposiciones un mal trago*: «¡No se pame Doña Nico...! ¡Soy tan feliz...! Mi Genita, o sea María Eugenia, que ahora tendremos que llamarla con más comedimiento... ¡Pues ha tenido el número uno en las oposiciones...! ¡El número uno y por unanimidad, o sea, como ella misma dice: Nemine discrepante, que, ya se lo figura usted, diciéndose tan así, tan finolis, lo importante que debe ser...! ¡Pachasco, qué alegría, la Eugenia ya colocada, será un puesto para toda la vida...!».

Mi tío Eduardo es un enamorado de la poesía y siente con intensidad la melancolía y tristeza que produce la lejanía y el otoño, «*Érase que se era*», una cosa cualquiera, que parece insignificante, (una flor, una rama, un banco, el semáforo, el pajarillo, una canción, cualquier aire que condicione nuestro vivir, aun por insignificantes que sean), sin embargo en toda la obra narrativa de nuestro Profesor existe un expreso deseo de manifestarnos la importancia que los elementos cotidianos adquieren en la vida de sus personajes, que nunca se hallan solos, siempre aparecen caracterizados por los diversos aspectos que constituyen su vivir cotidiano. A veces puede que sea un bolso, un coche, una planta, un sombrero, o la forma de vestir, o la canción al uso, o la piedra que por lo habitual en nuestra existencia no reparamos en ella, o el tren y sus estaciones, o las romerías, las ferias y fiestas en torno al santo, o el heredado mantón de Manila, o los zapatos prestados, etc. Sí, pero por encima de todo, hemos de destacar la extraordinaria sensibilidad con que el narrador va moldeando, a base de pequeños fragmentos o de tenues anécdotas, la vida de sus múltiples personajes: ancianos, jóvenes, niños, por medio del mínimo rasgo distintivo que posibilitó su vivir. Los personajes se distinguen no por el diseño del narrador, sino por las cosas que pasan. «La tardecita, dice en uno de sus cuentos, se evadía por el alto semicírculo, un poco de costadillo, fría, lentamente perdidiza, estación de Atocha, andén de anohecida, cuando anchas sombras moradas caen sobre el páramo de Vallecas».

«*Érase que se era*» intervino María, otro tren de ancha barriga, que se tragaba paletadas y paletadas de carbón, siempre estaba hambriento, por eso gruñía.. Por su alta chimenea salían bellas volutas de humo y no dejaba de pitar «pii», «pii», al pitido y silbido acompañaba el traqueteo, su trantran, sobre las vías. Confieso mi amor por los trenes, coincidiendo en esa inclinación, que yo calificaría de bendita, con Don Alonso y con otros agraciados mortales que gozamos viendo el tren, ver pasar el tren, oír el trantran o el cha, cha, cha del tren, que constituye para los elegidos un verdadero placer. Me viene a la memoria su relato en *Trenes perdidos* en el que dice: «trenes que van y vienen rompiendo la noche, brotando de lo oscuro, gritos orillados de sueño, campanas, un próximo silbido estridente contestado por otro lejano y suave». Y cuando recuerda aquellas estaciones de Madrid, casi todas ellas hoy desaparecidas, que ya empezaban en 1958 a declinar: Estaciones de Madrid, cada una distinta de la otra: «Estación del Norte... primera luz cobarde del amanecer... y el día se va dejando resbalar, montaña del Príncipe Pío abajo, agarrándose a los pinos, apoyándose en Palacio, una sombra erizada de perfumes desplomándose, rosa tibia sobre los trenes adormilados, aquellos trenes casi elegantes, trenes de gentes con chalet en las afueras y sosegado domingo en Cercedilla o El Escorial».

También me gustaría subirme con Martita, personaje de su narración *Tren de cercanías*: «Todos los jueves Martita baja a la Capital. Martita vive en un pueblo suburbano a veinticinco

kilómetros del centro. Los trenes van y vienen por el sueño y la vigilia de Martita, una zozobra llena de horarios y tracatrá, y paisaje familiar y combinaciones con el metro y el autobús y la duda de si parará o no ese tren en su pueblo».

«Érase que se era» dijo Don Jesús, nuestro convocante, un pueblo que no era precisamente original, en el que vivían gentes que los sociólogos calificarían de «rurales», en contraste con los denominados «urbanos». A ese pueblo llegan los «urbanos», los señoritos de la capital, en coche. Los paisanos les ven pasar, están como esperando que suceda algo a los forasteros que, según su pensar, se lo suelen saber todo. El comportamiento de los naturales responde a las pautas del mundo rural entre las que se encuentra la actitud pasiva ante una situación determinada, así se manifiesta en la narración titulada *Con la mejor voluntad* donde leemos: «¡Que no te metas ahí, que va a estar hecho unas gachas y el coche se atasca! y venga a repetirlo pero si quieres arroz, Catalina. Que el coche se metió en el prado donde el agua estaba disimuladita y no hubo remedio, las ruedas enloquecidas, muchos mecachis en sordina por eso de qué dirán las señoritas y a sufrir se ha dicho». Se acercan los vecinos que van transcurriendo por la historia. Todos dicen lo mismo:

«¡A la buena de Dios, coño! Pero, coño, como se han metido ustedes aquí, si el camino va por ahí arriba ¿No lo ve usted? Pero, coño, está bien claro».

«Bueno la verdad es que ya no tiene remedio. Y que hay que hacer por salir de aquí... A usted ¿se le ocurre algo?»

«Sí hombre, claro que sí. Aquí tenemos de todo, hombre. Este pueblo tan cerquita de Madrid, ¿no ve? Lo que pasa es que tenemos de todo».

Siguen discurriendo y aumentan los mirones, cada uno da su opinión: «Pero, coño...» y no hacen nada: «no sacan la mano de los bolsillos».

En contraposición con el ambiente de los pueblos también se fija el Profesor y describe el mundo urbano en *Copropietarios* o en *Uno es generoso*, donde sobresale la figura del arribista, arrimado siempre al sol que más calienta, aprovechado, vivales e ignorante que todo lo emplea en su propio lucro o beneficio: «No, no crea usted que es tan fácil llegar, eso que la gente llama llegar. Hay que tener pesquis, mucho pesquis, y saber escoger la coyuntura como se dice ahora, y sobre todo nada de contestatario, ¿eh? De eso ni hablar. Estaría bueno. Si uno sale así, vamos, protestón, enseguida te cuelgan el sambenito de mala uva, y que si eres o no eres agrio, que si difícil, que si rojillo».

Nuestro personaje modelo desprecia a los intelectuales: «Un profesorcillo de nada, ¿también ese había escrito libros? Vaya por Dios no conoces más que naipes del mismo palo. Pues entérate de una vez: los libros o se escriben en inglés... o son papel para envolver alpargatas».

No puedo por menos que añadir algún elemento, perdonadme, específico, alguna visión literaria, dijo Juan Manuel, pero ya veo vuestras caras incisivas, insinuantes, no debo salirme del juego, por lo tanto «Érase que se era» un autor, mejor, un escritor, que además es profesor, catedrático y demás zarandajas. Una de las características de nuestro autor es su interés por la narrativa. Describe un mundo lejano y cercano al mismo tiempo. Por su dominio técnico y lingüístico del lenguaje podemos considerarlo no sólo como un renovador formal del género, sino como uno de los mejores narradores actuales en lengua Española. Su obra creativa, según dice nuestro contertulio Sánchez Lobato, le sitúa en la narrativa de postguerra, al margen de generaciones, de modelos, de estilos al uso; como uno de los grandes artífices en la configuración de un nuevo concepto del cuento, al buscar en la tradición cultural, libre de toda hojarasca y expresarla estilísticamente mediante su gran aportación personal al lenguaje. Es preciso también destacar en la obra de Zamora Vicente la importancia de la melodía musical de signo popular, uno de sus relatos se llama *Música en la calle*, donde cuenta: «Sonaban las monedas

poco a poco, la portera siempre salía para echarle, a veces le daba algo y de nuevo: una faca albaceteña / se la sepulté en el pecho» y poco después «ese lunar que tienes, cielito lindo, junto a la boca».

Como parece que hemos entrado, aunque sea brevemente, en torno a la obra de nuestro ¿podemos decir amigo? (dije mientras contemplaba los aspavientos positivos de D. Alonso) no debemos olvidar que «Érase que se era» un enamorado de muchas cosas, a cual mejor, que le influyen de forma positiva. Cuenta con una fuerte influencia cervantina que no es meditada, sino espontánea. Que le lleva a insinuarse con reticencias, ironías, amplificaciones, hipérbolos que incitan al lector no sólo a pensar en el pasado desde el presente, sino para obligarle al uso de su inteligencia con el fin de proyectar en el futuro nuevas formas de vida. Lo de ¿podemos decir amigo? lo he hecho con toda intención, pues es una de sus características esenciales. Confirmadas y contrastadas por todos aquellos que han tenido la inmensa suerte de tratarle. Camilo José Cela dejó escrito en 1973: «Alonso y yo somos de análoga estatura y de parecidas aficiones; él más culto que yo en algunas cosas la filología, la lexicografía, la dialectología pero yo para compensar, soy más culto que él en otras varias las coplas de pueblo, el billar, el tango, y así la cosa queda bastante equilibrada y podemos seguir siendo buenos amigos amén de serlo ya viejos, viejísimos: Alonso y yo y lo digo para que pueda aprovechar el ejemplo a no pocos somos amigos desde hace cuarenta años, más o menos, de los cincuenta y siete de vida que llevamos gastada, ¡Qué horror!».

Bueno, dijo Don Alonso, me habéis obligado a intervenir de nuevo; pero no puedo soportar sin rubor las cosas que decís, sin embargo tengo que hacer os una confesión: «Érase que se era» un país, como ahora se dice, un conjunto de gentes que por mil circunstancias han tenido, tienen que vivir juntos y forman eso que se llama la sociedad española, es decir, vosotros, yo, el camarero que nos va a servir dentro de un rato el café, el guarda del monte y el Ministro de no sé qué. Debo, por lo tanto, confesaros «mi preocupación por la sociedad española que ha estado siempre presente y es una preocupación lacerante, sentida desde y por el pueblo». En mis páginas he querido mostrar los horrores de la guerra, lo absurdo de una sociedad dividida, la prepotencia de los vencedores, el arrinconamiento de los vencidos, la nostalgia de lo que pudo ser un ilusionante proyecto común y colectivo, pero también por mis páginas ha pasado el peso de la postguerra, el acomodo a unos nuevos valores lejos de los soñados, la pérdida de unas señas de identidad cultural y la consecución de otras. Me ha interesado y mucho el habla de los personajes y he querido reproducir en mi escritura una especie de nueva dimensión al partir de los elementos populares de ésta.

«Érase que se era», volví a intervenir, un narrador, un contador de historias que además tenía «la fea costumbre» de escribirlas. Como también era de Madrid y tenía una cierta «coña» y como él mismo dice «mucho pesquis» pensaba que un punto importante es el humor que, según él, «es un procedimiento que emana de ver la realidad de nuestro mundo, de nuestras ciudades y pueblos desde una posición culta los hechos que le rodean, las vivencias que tienen, o han tenido su acomodo en este mundo». Aunque nuestro escritor de historias no lo diga expresamente, existe en su obra una intensa búsqueda de lo auténtico en todas sus manifestaciones, de lo que colectiva e individualmente ha arropado la tradición popular, de lo que ha constituido nuestro mejor fermento cultural, incluso en materia literaria.

Sin embargo, permíteme Fernando que te interrumpa, dijo Carmen María: «Érase que se era» una alumna que había decidido estudiar literatura, sabiendo de antemano que se iba a morir de hambre. No tendría trabajo y sus escritos difícilmente llegarían a interesar a editores que sólo buscan autores conocidos, consagrados como vulgarmente se dice, en fin de prestigio. Llevaba ya escritos, cerca de dos mil versos y casi veinte cuentos. No había conseguido que le seleccio-

naran ninguno. Bueno, pues para esa alumna uno de los rasgos de la obra del Profesor Zamora Vicente es su preocupación por el hombre en plenitud, por el hombre en sociedad. Las creaciones del hombre mayor (del viejo en sus relatos), del hombre maduro, de los jóvenes, se convierten en auténticos y profundos hitos literarios, son los eternos personajes de nuestro azacaneado vivir. Pero por encima de todo nos describe al hombre de la calle. A sus páginas se asoman el cura, el farmacéutico, el comerciante de barrio, la solterona, la viuda, el mundo de los viejos y asilados, el taxista, el obrero, el artista de circo, el inmigrante, el poderoso, el encumbrado en cargos oficiales, los jóvenes desnortados y urbanos del mundo del rock, de la droga, del papá aposentado.

Ya he dicho que a nuestra alumna le gusta escribir, principalmente cuentos, por eso siente una especial inclinación por la obra de nuestro autor ya que se debe destacar que en su narrativa, según estiman los estudiosos de su obra, los personajes de ficción, una vez que han empezado a actuar, a construir su vida y por lo tanto a adquirir su propia identidad están gobernados (al igual que ocurre en algunos personajes de Unamuno) por una lógica interna en la cual el creador carece ya de poder para intervenir y puede verse increpado o invocado por ellos. El proceso unamuniano de aparecer el autor dialogando con sus personajes o siendo receptor de sus mensajes se ha ido acentuando en su narrativa. Son, por lo tanto, los personajes de sus cuentos quienes llevan la voz cantante, han crecido y piensan por su cuenta.

No obstante, apostilló Ana, parece que en el mundo en que vivimos y en las obras que leemos, se ha impuesto el mal gusto en el hablar y en el decir por eso «*Érase que se era*» un espíritu, una especie de fantasma, se le conocía por el Bachiller Carrasco. Tenía una especial misión, venía de no se sabe dónde. Este ilustre personaje se entretenía en mirar con su lupa los escritos y comprobó que el lenguaje de Alonso Zamora «engloba al habla de todo ese abigarrado mundo, del que venimos hablando, sin frontera visible alguna, que es prioritariamente urbano y se muestra uniforme en una discontinua clase burguesa y no burguesa surgida de las transformaciones sociales acaecidas en España con notable incidencia en la configuración urbana. Es éste, por consiguiente, un lenguaje que corresponde a un amplio espectro social, situado en Madrid como núcleo aglutinante, en el que la mayor coincidencia entre las personas que se sirven de él no es precisamente el aspecto económico, sino su enorme falta de educación».

Para terminar y para que veáis que de cuando en cuando leo, (son comentarios de Sánchez Lobato) debo añadir que su «*lenguaje es, por tanto, el verdadero protagonista y generador artístico de su creación narrativa, caracterizada por una gran riqueza y vivacidad expresiva, reflejada en su habilidad para encajar perfectamente el tipo de individuo, su voz social con el nivel que le es propio*».

Al grupo inicial se habían ido incorporando los retrasados. Entonces Elena, estudiosa de la Obra de Zamora Vicente, dijo: «*Érase que se era*» un gerundio. Todos, sorprendidos por la originalidad sonreímos. Sí, dijo Elena, un gerundio sublevado. Os advierto que tuvo que hacer grandes esfuerzos para que le dejaran salir de las linotipias del B.O.E., donde se encontraba perfectamente instalado. A lo que habéis estado diciendo sobre el lenguaje, quiero añadir y destacar algo sobre: «el original empleo del gerundio por nuestro autor, (el gerundio como remedio estilístico en las narraciones de Alonso Zamora Vicente) que confiere a su estilo un carácter impresionista y una extraordinaria musicalidad a su prosa». También debe resaltarse, como dice Valentina de Antonio Domínguez (*La Obra narrativa de Zamora Vicente*) que el uso especial de diminutivo y la aparición de la ironía explicitan otros recursos habituales en su prosa. Es el propio autor, aquí lo tengo, en su introducción a *Cuentos con gusano dentro* el que

hace mención a los «gerundios sublevados, aunque expresivos, demasiados diminutivos, que, a veces, se trabucan en el sufijo formador».

Rosa, alumna de la Escuela de Arte Dramático, se levantó y, con toda la solemnidad que permitía el acto y la compañía, empezó a cantar: «É, é, é, ra, se» y extendía su alargada y bonita mano hacia su novio Julián que respondió, haciendo una especie de cabriola, con el mismo tono: «queee... se... era». (Siguieron Rosa y Julián, en tono recitativo estableciendo un divertido diálogo):

R. —Un gusano

J. —Sí, un gusano

R. —De esos gusanos que se arrastran, que se meten en todo

J. —En todo y en todos los sitios

R. —Es verdad, en todos los sitios y lugares: se introducen en las dulces manzanas, en los melocotones, en las suaves peras... son unos malditos entrometidos

J. —Son unos entrometidos y además se atreven a recorrer con sus pequeñas e insignificantes patas largos y tortuosos caminos. Algunas veces se convierten en lombrices

R. —También aparecen en los libros y en los cuentos. Primero dibujado en la portada y después aparece al principio, en mitad o al final de la historia. Eso sucede continuó Rosa, que se sentó y tomó un ejemplar de *Cuentos con gusano dentro*, en todos estos cuentos siempre, nos encontramos, según las propias palabras del autor: «el gusano que aparece en todos los viajes de estas páginas, sea cual fuere su destino o alcance, es un viejales, jubilado y entrometido, que será manía de los muchos años, no se resigna a estarse callado y habla, habla y habla y orea las memorias, y revela sucedidos ajenos, y evoca muchos amargores pasados, y rehace esas intensas, breves alegrías que siempre quedan por allá lejos, donde y cuando Dios quiso y... y... En fin de cuentas: hace compañía a ratitos a tanta gente como, sonriendo y todo, no se atreve a desplegar su atroz desamparo. Leamos con la mirada limpia y luego veremos».

Yo, dijo Julián, siguiendo las indicaciones y recomendaciones del profesor, he leído despacio y atentamente sus relatos y he puesto el empeño en ir descubriendo en todos y cada uno de ellos el gusano. Además de la delicia de leer, de saborear, se descubre cómo puede, sin darle importancia, contarse, con palabras de ayer y de hoy, un acontecimiento, un suceso irrelevante, y ha colmado mi curiosidad encontrarme en cada narración con el maestro que enseña, como sin querer, no sólo a escribir y muy bien, sino a sentir a interiorizar las penas, los deseos de los otros, haciéndolos tuyos y todo eso adobado con la belleza y el gozo que proporciona un cuento lírico.

«Érase que se era» un poeta, un iluso, un enamorado que salió de su buhardilla de pobre en la que vivía alquilado, gracias a las subvenciones de sus padres, dijo Eduardo, y pensó que el mundo era bello, que las puestas de sol que veía desde las Vistillas causaban sensación a todos los que pasaban por los caminos de la vida; pero se entristeció cuando observó que para muchos lo más importante era medrar, tener dinero y hasta comer todos los días, cosa que él no podía hacer y por supuesto medir la importancia de las personas por su valor. Por eso se sienten escalofríos cuando ve que en todos los relatos figuran, en primer lugar, su situación de «jubilado vejstorio de mierda» y sitúa a los personajes ante esa situación: «¿para qué queremos aquí jubilados...? ¿Producen algo...? Pues entonces... ¡Que se vaya a morir a otro lado, caramba!, es un descamisado pobretón»; en segundo término, su condición de catedrático, profesor y académico: «yo tengo un vecino que también ha sido catedrático, ahora ya está de semoviente, recogido en casa de una nuera»... «Eso de Vicente ¿no es nombre de verdugo o de carnicero, dos menesteres muy parecidos? Pero para un catedrático... Aquí, si no se presume, hasta los cojos te

pisotean»; en tercer lugar, trata de retratar su carácter: «es un pelma, un tipejo tostón, un coñón, un sabio llorón, paletó y con bronquitis crónica».

Pero tengo además que confesar, intervino José María, que había llegado hacía un rato con Pepe, que a mí, un enamorado del intimismo, uno de los aspectos que más me ha llamado la atención es (en ese momento le hizo una seña nuestro moderador para que se ajustara a nuestra fórmula de entrada) por lo que continuó diciendo: «*Érase que se era*» un juglar, un trovador de caminos que hace un canto a «la épica del yo», de la que hablan algunos críticos. La he sentido en la lectura de *En la calle Ferraz*. En su soliloquio de dolor, ante una tragedia que no acaba, dice Dolores: «No, mire, no. No es que tenga reparo ¡pasa solamente que lo he contando tantas veces ya! A todo el que ha querido oírmelo. Ya no sé, si es que paro a ratos de contarle, o es que sin parar, hasta dormida, lo repito. Una es así de torpe. Hablo sola, digo siempre lo mismo».

Dolores, protagonista de esta historia reúne en sí misma todos los argumentos que pueden conducir a un ser tremendamente simple al *súmmum* del dolor, que sin duda desemboca en el soliloquio, en el diálogo frustrado que empieza y acaba en uno mismo. El escenario, el entorno en que se desarrolla el verdadero drama, es la guerra civil. «Ay, amigo mío, pues sí que está usted bueno, preguntarme por mi hijo. Todo el mundo le conoce, algunos mejor que yo... Qué señora Dolores ¿estará hoy su hijo arriba?... Y se ríen mucho al decírmelo, se ve que les alegra. Yo subo la escalera, tan larga, tan alta, tan oscura, ya sé a qué huele cada descansillo, cada puerta, adivino quién está allí por lo que chilla la radio, oigo llorar siempre a las niñas del quinto, y rezongar a doña Catalina, la viuda pensionista del sexto derecha, la que tiene huéspedes...».

Quiere nuestro autor que conozcamos paso por paso la desventurada historia de una de las muchas mujeres, Dolores, que sufrieron el terrible azote de unos años de locura colectiva. «Su padre [el de su hijo] era el hombre con más labia que he conocido, un verdadero tunantón se lo digo yo. Pero era tan cariñoso, tan cercano, tan... Bueno, tan como no había dos... Estaba estudiando y venía al pueblo los veranos... y la Navidad y la Semana Santa, y nadie lo sabía más que él y yo, los dos solitos... hubiera sido terrible que sus padres lo hubiesen sabido... Y así pasó cuando se enteraron, cuando alguien les fue con el chisme que si nos veíamos en la casilla del Pinatar, allí en el camino viejo ¿sabe?... Nos tuvimos que casar y largarnos porque en el pueblo, El Salobral, nadie quería nada conmigo, hasta me habían sacado coplas... Con la hija del guarda. ¿No te sonroja? Habráse visto, nuestro nombre en la plaza, en la taberna, en todas las bocas esas... No le voy a contar a Vd. la boda, para qué... La madre... me preguntó con mucho retintín si no me daba vergüenza ir a la iglesia con aquella barriga... Hasta el cura parecía tener miedo a la madre de él y no nos dio consejos, como yo le había oído en otras bodas... y no hizo más que hablar del Santo del día... Pero ¿de nosotros? Ni pío».

«*Érase que se era*» un hombre bueno, normal que se enamoró de una moza de su pueblo, de Dolores, y que influenciado por el olor del heno de una casilla de pastores, por el influjo de la cercana sierra nevada y el deseo de calor humano que no tenía ni en su casa, ni en el Colegio Mayor donde estudiaba, se entregó al amor de la zagala que no recibía más que broncas de su padre, guarda jurado. Me hubiera gustado, dijo Pepe, pintarlo. Hay quien dice que la literatura y la pintura son la misma cosa, sólo difieren los medios o elementos utilizados. No sé si será verdad. Pero lo que es difícil representar es la angustia de una espera, sigo leyendo *En la calle Ferraz*: «Pero nadie sabe dónde está la vida de cada uno, qué cosas, sales a la calle y patapán se acabó todo, bueno y malo, y sin comerlo ni beberlo así le pasó a él, a Luciano... Que salió a dar una clase particular aquel sábado después de comer, ya ve no me acuerdo de la fecha, sólo sé que era sábado, en noviembre y tan lejos, pero esto no importaba, porque iba en el metro y volvería de día todavía, era a un chico suspenso, yo gasté la tarde en una cola de carbón, venga

a chinchorrear las mujeres y a decir cosas del frente. Esto se acaba enseguida. Han tomado Toledo, van a venir los rusos a ayudarnos. Por fin vamos a tener todos casa con baño. Se ha matado no sé que general de ellos en un avión... En fin que no volvimos a verle, porque el bombardeo debió agarrarle sin encontrar donde refugiarse, no conocía el barrio... Me dijeron así, a bulto en Ferraz... Ni en el entierro tuve que pensar... No hubo flores, ni corona con dedicatoria, ni velatorio, ni luto...».

Sin embargo, el amor había dado su fruto y «*Érase que se era*», continuó Ana, un niño, nacido en el destierro voluntario que tuvieron que buscar sus padres, expulsados por pecadores del amor, «porque en el pueblo, en El Salobral, nadie quería nada conmigo y ya hasta me habían sacado coplas». «Nos tuvimos que venir a Madrid ¿Usted no se acuerda cómo eran los trenes de aquel tiempo? Eran una cosa tan bonita, hombre de Dios. Hijo, fue la primera vez que estuviste en Madrid... fueron unos años tan buenos». Pero llegó el bombardeo y la muerte de Luciano y «eso es lo que más me duele... esa muerte así tan estúpida, sin más defensa que agachar los hombros y afilar el miedo, que no cabe hacer otra cosa que esperar que caiga la bomba...». A la muerte del Padre, le sigue la marcha del hijo a un país no beligerante. Se lo arrancaron a Dolores, como a otras madres, para llevarlos primero a Valencia y después a otros países. Muchos no volvieron. Esto trastorna del todo a Dolores que todos los días, cuando vuelve del trabajo, espera encontrar en casa al hijo de sus entrañas: «Pero ¿y mi hijo? Si mi hijo volviera algún día ¿quién le iba a decir todo esto, y lo que pasó luego, después que lo evacuaron, y cuando dejé de tener noticias tuyas de Francia, de Bélgica, de Ucrania...? No ya ve usted, prefiero seguir esperando, sé que algún día cuando llegue a casa estará allí... Tengo prisa, tanta prisa por si acaso».

Julián y Rosa quieren retomar la palabra y dice el primero: «*Érase que se era*» un gusano y en nuestra persecución al gusano hemos comprobado que «el profe, académico jubilado, es un buen tipo, algo pelma, que cala a la gente a la legua, y además no come apenas, ni mete los dedos en el chocolate, se echa de ver enseguida que está bien educado, así que en ese infierno tuyo tampoco le querrán... ¡Al limbo, que se vaya al limbo! Sin embargo, parece que se define a sí mismo como hombre de poca fe, ya de siempre. De la cáscara amarga, aunque parezca usted un buen chico, pero ¡ay! su racionalismo le descangalla».

He apuntado, manifestó Rosa, cuidadosamente las páginas y he descubierto, no podía ser de otro modo, unas notas autobiográficas de nuestro querido don Alonso. Señala en *Planificación familiar*: «es un buen hombre el jubilado, pero un latazo, un rollo como dicen ahora»; añade en *Buen muerto mejor epitafio*: «el cronista jubilado, don Alfonsito *el madrileño* es el autor del plan general de la fiesta... el tal don Alfonsito nos ha salido un tipejo aprovechado»; en *Robertito un chaval tan simpático*, se alarga en la descripción: «...Pues allí estaba sentado ese señor... señor... ¡Ha sido catedrático! Tiene nombre de provincia o de pueblo... está jubilado y a veces escribe en los periódicos: así, muy enrevesado... ¡Sabe la mar! De cuadros, de ciudades, de ríos, de manifestaciones, y hasta escribe cosas escandalosas, así, riéndose de medio mundo».

«*Érase que se era*», intervino Sánchez Lobato, un lector. Un impenitente e incorregible lector. Se acostaba leyendo, salía de su casa con el libro abierto y así, devorando páginas, iba en el metro o en el autobús. Cualquiera momento, cualquier tiempo, es bueno para leer y principalmente los fines de semana. Nuestro profesor (también entusiasta lector) viene a decir que «el fin de semana es para tumbarse a la bartola y emborracharse de silencio, pero además para leer y leer, que es una buena ocurrencia». Sigo... Nuestro lector amigo había aprendido el método de lectura rápida; pero cuando se trataba de literatura, de buena prosa como pasa con los dieciocho cuentos incluidos en *Narraciones*, que constituyen una auténtica antología de Alonso Zamora Vicente, leía de forma espaciosa, gozando de la belleza del lenguaje, saboreando las palabras,

contemplando las descripciones propuestas, interiorizando los sentimientos que despierta. Comprobando cómo El AUTOR, en algunos casos, se complace en sus propios recuerdos, recrea mundos y personajes reales e irreales.

Yo, como nuestro entusiasta lector, vengo en decir que hay que leer los cuentos y narraciones a sorbos, saboreando su magnífica prosa. Hay que evitar la tentación de embeberse en la lectura y hacerlo de una sola vez. Puede convertirse en una especie de libro de horas. Ideal para el deleite y el descanso.

«Érase que se era», interrumpió Carmen María, esa alumna de la que antes hablé, estudiante de literatura que, a lo largo de la lectura de los cuentos, ha encontrado muchos giros y frases tomados del natural, como: «aquí se llama cultura al perímetro torácico femenino» o «lo más elegante es ir al esqueleto con deportivas» o «poncho es una manta con un agujero en medio para meter la cabeza, vaya invento». En algunos casos recoge expresiones vulgares como: «nos la suda» o «que se convierten en obleas» o «jode la marrana».

También he tenido ocasión de descubrir expresiones llenas de realismo y no exentas de belleza: «estarían los abuelos, tan reposados, apenas hablan, tan solo abren la boca para repetir» o «está muy clarito. Los viejos deben morir poco a poco, sin ruido, sin testigos, sin autoridades ni músicas celestiales... Solo con la propia pena a cuestras, la inmensa soledad...».

Don Alonso podrá definirse, así lo hace, como le venga en gana; pero no se le puede encuadrar como una de las «momias sueltas por ese mundo de Dios». Su lenguaje es vivo, actual, lleno de palabras inventadas, casadas y unidas a propósito así: europijos, gilipollinos, mearrera, burricio, olorexpelentes, olorreceptoras; otras castellanizadas: livinrrum, livingazos, eslipincelular, etc. y, por último, las que reposan, sin casi utilizarse, en los fondos del Diccionario: azolvar, loquear, andancio, alifafe, dolamas, quisicosa, nacencia, etc.

«Érase que se era» un señor sobre el que habían ido cayendo los años, sin duda me corresponde el honor, dijo Paco, el mayor del grupo, de leer las siguientes líneas, llenas de dolor y ternura, que encontramos en *Un solo deseo*, donde dice: «Sólo deseo jubilarme. Es cosa que la gente no atina a entender, no sé si por amor al trabajo o por figurar, porque la vean entrar todos los días lo más tarde posible en el mismo sitio, una oficina, un comercio, en fin ya sabe usted, el lugar donde va a parar para no aburrirse del todo y planificarse un carguito en la tarjeta de visita...». «Sin embargo, nadie quiere ver el cansancio, la desgana, la incapacidad para fundar una vida diferente. Me he anegado en una ilusión vana que he alimentado durante muchos años creyéndome, si será uno bobaina, que al día siguiente, al mes próximo. ¿eh? Usted me entiende. Y llegaba el mes próximo y le sucedía otro y luego otro y pasaban los años, y los años, y fue llegando la artrosis y la vista caduca y se fueron perdiendo las voces compañeras, y ya no podía aceptar bien lo que a mi alrededor iba cambiando: trenes nuevos, casas de muchos pisos, visitantes ilustres con calles enguinaldadas, inauguraciones, centenarios... La vida, me decían, la vida que se pasa sin sentir... Tanto lo dicen y con tan mema cara de circunstancias que he llegado a creérmelo. Me miraba las manos y veía escurrírseme entre los dedos el grito, la esperanza, la fe en el quehacer cotidiano. Sí, que me dejen jubilarme, no quiero ya otra cosa a mis años...».

Y del relato «Un puro accidente» tomo lo que sigue: «Usted, señor, no debe extrañarse si me ve así, sucote, tosiendo sin parar, llenas de caspa las solapas y limpio de polvo y paja, el alto de la mollera. No, no hay que extrañarse: es, sencillamente, la viejera, la viejera que no perdona, y es mejor que no perdone... Aquí en la residencia, todo el mundo charla y charla, dándole vueltas a su vida y milagros, y me apabullan con los talentos de sus hijos, de los nietos, con las habilidades de las nueras y sus fortunas, y sus coches, y sus viajes al extranjero y más allá, y yo, que no puedo fardar de nada de eso, me pregunto qué diablos harán aquí dentro, si tanto y tanto

les reclama por ahí fuera... Porque estoy solo, ¿sabe?, muy solo. Como muerto sin enterrar, sigo vivo nada más que por costumbre, una chiquitilla esperanza por ahí detrás, tan pequeña ya, que, a veces, no sé pero... ¿Qué cuántos años tengo? Ochenta y cuatro. Un ocho y un cuatro, casi nada».

Hemos empezado esta velada literaria, o reunión de amigos, intentando «decir» y «oír», no sé si el orden es el correcto, dije «*Érase que se era*» un bicho raro, un crítico que espera y desea al profesor Alonso Zamora Vicente, gusano de unos cuentos, «que ahora, no sea rechazado por los elevados tribunales celestes, porque evidentemente ha conseguido crear esos seres pequeños, con el pecho atestado de corazón y la cabeza reventona de viento». Tengo que añadir que el Profesor Sánchez Lobato ha hecho un magnífico trabajo reuniendo en la segunda parte de *Narraciones*, debidamente seleccionados, textos de todos sus libros publicados (excepto de las novelas) desde «Primeras hojas», un conjunto de cuentos cortos, inconexos, de evocación de la infancia dentro de las formas del llamado cuento lírico. De esos relatos hemos charlado, en ellos se encuentra en el «yo» del narrador su cauce de expresión y de participación en un todo perfectamente orgánico: la infancia; «Historias de viva voz», cuyos cuentos, que acompañan al calendario, nos sitúan en el tiempo junto a tradiciones populares (sabiduría popular). *Aspira la obra*, dice el Profesor Sánchez Lobato, *a ser representativa de su dilatado oficio de escritor y de sus diferentes opciones estilísticas* y aprovecha la ocasión para romper una lanza en favor de sus páginas, de un estilo literario, calificado por algunos lectores como «tercamente ¡literario». De nuestro profesor son las frases que siguen: «Esos lectores por oficio, casi todos dómimes de materia literaria, ponen en evidencia los defectillos de esa desvalida gente que no quiere más que ser escuchada, siquiera sea un fugitivo rato cada dos o tres cosechas... Esos tropezones son siempre los mismos: gerundios sublevados, aunque expresivos; demasiados diminutivos, que, a veces, se trabucan en el sufijo formados, con gran jolgorio de los sapientes y enjundiosos comentaristas; leísmos y laísmos que acusan de madrileñez (madrileñismo sería otra cosa, no nos hagamos lós), verbos rebeldes conjugados con infinita torpeza, aunque el lector quede confuso y estremecido por lo que está oyendo y otras menudencias así. Todo esto hace que los tipos que salen en este libro se escondan cuando sale algún extraño. Pasan enseguidita a la clandestinidad, arropados en sus temores, en su vergüenza casi escolar, convencidos de que, tan pobretes, no tiene cosa sobre la que Dios les llueva...».

También a lo largo de nuestra charla común, de este juego, de esta batalla de cuentos, hemos traído y llevado referencias al otro libro que nos ha servido de guión: *Cuentos con gusano dentro* que contiene una recopilación de veinte narraciones en las que se describen, ya hemos visto algo, distintas situaciones de la vida normal.

La interesante e imaginativa sesión literaria acabó. Llegaron un grupo de niñas, Marta y Ana Ojeda, Ana Vilches, Nanona y Almudena Romera, acompañadas por la cuidadora Manuela, la morena de Cabo Verde. Detrás, agotado por el mujerío, apareció Jacinto que me despertó del sueño y me hizo volver a la realidad. Fernando, me dijo, cuéntales un cuento. Se agruparon a mi alrededor y empecé: «*Érase que se era*» un señor muy bueno, mayor, que llevaba una gran lupa para mirar y ver el mundo, por lo que sabía muchas historias. También llevaba una pluma gigante de escribir en la oreja derecha para escribirlas y una especie de altavoz para contarlas, cosa que hacía muy bien. De pronto el buen Dios dijo: necesito un hombre bueno que se parezca a un ángel y que vaya diciendo cosas bonitas de las flores, de los pájaros, de los niños, de los jóvenes, de los señores y señoras serios y maduros y, sobre todo, de los viejos, para ver si todos son un poco mejores y se quieren un poco más. Entonces intervino San Isidro, que como sabéis es el Patrón de Madrid, y le dijo: Señor, yo conozco a un paisano mío que reúne todas esas condiciones, se llama Alonso Zamora Vicente. El Señor dijo al Arcángel San Gabriel, encargado

de las obras buenas en esta parte de la Tierra: envíale a nuestro amigo Alonso un rayo de gracia para que siga haciendo una de las cosas que hacen mejores a los hombres: escribir cuentos. Y así es como nuestro buen amigo siguió contando cosas maravillosas. Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

Muchas Gracias.